LA ENCERRONA PRESENTA:

Casi Bicentenarios



Una selección de mentes y experiencias peruanas sobre el año que cambió al mundo

Marco **Sifuentes**

Planeta

Casi **Bicentenarios**

Una selección
de mentes
y experiencias
peruanas
sobre el año que
cambió al mundo

Marco **Sifuentes**

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Casi Bicentenarios
© 2021, Marco Sifuentes

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista
Transcripción de entrevistas: Roberto Zeballos y Gabriela Solorio
Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados
© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga Nº 425, of. 704- Magdalena del Mar. Lima- Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2021
Tiraje: 3000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-587-8
Registro de Proyecto Editorial: 31501202100004
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2021-00266

Impreso en Industria Gráfica Cimagraf SAC
Pasaje Santa Rosa 140, Ate-Vitarte. Lima 3, Perú
Lima – Perú, febrero 2021

INTRODUCCIÓN AL AÑO 2021

 Marco Sifuentes (Anfitrión) 09

CASI BICENTENARIOS

 Alberto Vergara 17

 Mateo Prochazka 39

 Yanua Atamain 61

 Ricardo Rodríguez 81

 Alberto de Belaunde 101

 Renata Flores 121

 Ana Lucía Mosquera 141

 Leyla Huerta 161

 Juan Carlos Celis 185

 María Antonieta Alva 207

EPÍLOGO

 Las Brigadistas 227

A mi tía Carmela, mi segunda madre.

INTRODUCCIÓN AL AÑO 2021



Marco Sifuentes

Anfitrión

Y cuando el peligro terminó
y las personas se reencontraron,
lloraron por los muertos.
Y tomaron nuevas decisiones.
CATHERINE O'MEARA

El futuro ya no es lo que era. Durante la optimista década de los diez, aún borrachas por el *boom* del cobre, las autoridades peruanas anunciaron diversas metas que habríamos alcanzado cuando llegase el simbólico año 21 de este siglo. El bicentenario de habernos declarado libres e independientes. La mayoría de edad en años-país.

Según esas proyecciones oficiales —es decir, con el respaldo de todo el aparato del Estado—, para celebrar nuestros dos siglos de existencia, en el Perú se habría reducido la informalidad a poco más del 50 %, y la pobreza, al 15 %; tendríamos «nivel cero» de deforestación; Lima contaría con dos líneas de metro, una de ellas, subterránea; Cusco recibiría vuelos internacionales en su propio aeropuerto; nuestro país se habría

convertido en miembro de la OCDE, el tan anhelado club de los países desarrollados; y las corvinas, sobre las olas, nadarían fritas, con su limón.

Huelga decir que recibimos el 2021 muy lejos de cualquiera de esos escenarios. No es el propósito de ninguno de los doce entrevistados ni de este libro explicar qué pasó, qué salió mal, cómo terminamos así. Hay otros libros que sí se han fijado esa meta. Lo que sí contienen las siguientes páginas es el testimonio de doce peruanos y peruanas que, como todos nosotros, se enfrentaron a la realidad del 2020, el año en que las promesas —en especial, la Promesa— del Bicentenario se alejaron más que nunca. Doce peruanos y peruanas de diversos oficios, generaciones, colores, trayectorias y miradas que, desde distintos rincones del país y del mundo, sobrevivieron a ese futuro que nos tocó en el año 2020 de nuestra era. Y que tienen algo que decir.

Todos tenemos algo que decir, por supuesto, pero escogimos a doce personajes cuyo 2020 tuviera algo que enseñarnos al resto, incluidos los otros once. Doce voces que no solo merecieran ser escuchadas, sino también contrapuestas. Gente que vivió las múltiples crisis desde dentro del Perú, y también peruanos que las siguieron fuera de las fronteras. Nacidos en Lima, Piura, Iquitos, Ayacucho, San Martín. Dos médicos, una cantante, un empresario, un congresista, un politólogo. Dos comunicadoras: afroperuana y awajún. Una *data manager* especializada en salud, que resulta ser también activista transexual. Una economista de Harvard que trabajó de ministra. Una abogada y una informática que se entrenaron en TikTok para desactivar bombas lacrimógenas. Sus visiones y también sus experiencias de este 2020 eran notables por sí solas. Yuxtapuestas, sus discrepancias y coincidencias nos pintan un panorama más completo de un país que, durante buena parte del año, muchos solo lograron ver en sus pantallas.

Elegirlos, se adivinará, fue en sí misma una tarea ardua. Solo existió un criterio de unidad: nadie mayor de cuarenta y cinco años. En nuestro ecosistema mediático parecen existir solo las voces de señorones que hace buen rato que doblaron la edad promedio —treinta años, según el INEI— de un peruano. A fines del inagotable 2020, la aventura autoritaria de Merino, Flores-Aráoz *et al*., confirmaría esa percepción: el de un Perú Oficial desconectado generacionalmente del Perú Real. Por eso, en estas páginas se pone los reflectores en personajes que no solo tienen ya una voz notoria en sus ámbitos, sino que, con toda seguridad, seguirán teniendo mucho que decir en los años venideros. La mitad de ellos tiene treinta y pocos, que parece ser la edad promedio en la que una voz suele (o merece) hacerse escuchar. Ellos no son de la Generación del Bicentenario. Pero casi.

Aunque sí: por su edad, dos de las entrevistadas en este libro pertenecen a lo que los marketeros llaman Generación Z o *centennials* o, si peruanizamos la categoría, «bicentennials». Una de ellas, incluso, nació este siglo.

A decir verdad, existió otro criterio de unidad: las preguntas. Se elaboró un cuestionario básico, un puñado de preguntas que fue el mismo para todos. Esto, con suerte, le permitirá al lector establecer su propio contraste entre los personajes. Enfrentados a lo mismo, las coincidencias y diferencias se hacen más patentes: cómo reaccionaron, en qué pensaron, por dónde enfocaron sus respuestas. Con suerte, el lector encontrará especialmente ilustrativo este esquema en las preguntas intencionalmente generales y abiertas.

Pero las conversaciones también fluyeron por sí solas, siempre de la mano de los entrevistados, quienes tuvieron total libertad de llevar su propio ritmo a lo largo de varios encuentros. Lo que contienen las siguientes páginas no son las transcripciones de una sola sesión. Son, más bien, reconstrucciones de charlas que tuvieron lugar entre mayo y noviembre del año

pasado. Casi todas tienen como núcleo principal una sesión de Zoom, pero, conforme transcurrían el año y los acontecimientos, nuestro diálogo se fue actualizando por WhatsApp y correo electrónico. Los diez contactados iniciales fueron extremadamente pacientes con el proyecto y aproveché al máximo esa generosidad cuando les pedí que eligieran a alguno de los otros para plantearles una pregunta. Para que las voces conversaran entre sí. Todos aceptaron de buen grado esta y otras ideas, improvisaciones y apuros. Debido al talento, la seriedad y el tiempo que todos le dedicaron a este libro, estas páginas son mucho más suyas que mías.

Cada conversación se ha editado —o, insisto con la palabra, reconstruido— para que los baches temporales no se sientan. A menos, por supuesto, que esclarecer la ubicación cronológica de una respuesta sea esencial para su comprensión. Quizás, al lector le suenen muy ominosas las referencias a una pandemia que se siente mucho menos apremiante hoy que cuando se iniciaron estos diálogos. Pero la idea detrás de presentarlas como un solo flujo es que estas voces deberían sonar más allá de su temporalidad específica, más allá del año previo al Bicentenario, más allá de las tan diversas crisis de ese año en el que cumplimos casi doscientos. El propósito de esta selección es que sus voces no solo constituyan el registro de un año devastador, sino también el inicio de una conversación sobre los años que vienen. Sobre el futuro que ya fue y sobre el que será. El inicio de una conversación entre todos los que, de alguna manera, se identifiquen con, por lo menos, una de estas voces. Una conversación entre peruanos sobre este año fetiche, sobre el año infame que lo precedió, sobre los doscientos anteriores y los posteriores. En resumen, una conversación que sea, como todas las conversaciones que valen la pena, el inicio de algo más. La introducción de las páginas que están por escribir. El prólogo de las decisiones que tendremos que tomar.

CASI BICENTENARIOS



Alberto Vergara

Politólogo. Escribe como mexicano.
En 2020 tiene 45 años. Vive en Panamá.

Sus amigos le dicen Guti por una razón incógnita que se remonta a sus años colegiales en Barranco.

Para sus colegas politólogos, es un investigador posdoctoral formado en distintas universidades extranjeras, con un trabajo académico enfocado en los regímenes andinos. Para el gran público, en cambio, es algo más. Es una firma que aparece de vez en cuando en algún diario con un artículo extenso o un personaje cada vez más barbudo que cada cierto tiempo ofrece una entrevista. Sea cual sea la vía, cada aparición suya logra, para muchos, darle un orden al caos que suele ser el acontecer político peruano.

En abril, en un artículo suyo para *El Comercio*, Vergara utilizó solo extractos de González Prada para comentar la realidad del Perú pandémico, tan similar al de la posguerra con Chile. En noviembre, cuando las protestas contra el régimen de Manuel Merino, durante una vehemente intervención en RPP, Vergara cimentó la narrativa del enfrentamiento entre «jóvenes del Bicentenario» que marchaban contra el asalto al poder de los «viejos que no podían pronunciar la palabra *Instagram*. Aunque solo es un cuarentón, Vergara parece haber asumido el rol, tan

necesario en sociedades como la nuestra, del Anciano Sabio del Pueblo.

Vivía entre Lima y Panamá cuando la cuarentena detuvo ese vaivén y se confinó en el país centroamericano, junto a su esposa y su hijo recién nacido.

¿Cuándo te empezó a preocupar todo esto?

Mira, no diría que hay un momento, diría que hubo varios momentos en los que fue empeorando mi sensación respecto de lo que venía. Pero, como todo el mundo, fui inconsciente hasta bien tarde. No trataría de hacerme el bacán diciendo que vi venir la pandemia.

Para empezar porque, por ejemplo, yo dicté un curso de Ciencia Política en verano, y leímos artículos sobre la epidemia que estaba ocurriendo en China y en los que ya se criticaba la manera en que ese país había reaccionado ante la epidemia. Y esto tiene que haber sido a fin de enero o inicios de febrero. Sin embargo, creo que en ningún momento se me ocurrió decirle a nadie: «El virus ya va a llegar acá, o va a tocarnos de alguna manera». Lo que quiero decir es que hablamos del asunto en clase, y soy consciente de que lo tocamos como si fuera un asunto de los chinos. Lo cual me parece que es una crítica general que tiene que hacerse Occidente sobre cómo miró y exotizó un mal, un virus, una cosa que afecta a la humanidad, y, sin embargo, no llegas a verlo como tuyo también, como potencialmente destructivo para ti también. Una mirada que en el fondo no logra percibir a la humanidad como una sola, ¿no?

Visto con distancia, me preocupé, como todos, cuando ya la cosa era un huayco descontrolado.

Ahora, el momento en el que realmente dije: «Ala, esto sí es un tsunami» fue un día en que ocurrieron varias cosas. Se alineó todo para aterrorizarme. No es que haya deducido teóricamente que se venía el tsunami, sino que, de pronto, ya me salpicaron sus gotas.

Debe haber sido en la primera o segunda semana de marzo. Ese día pasaron tres cosas. Leí un artículo de Martin Wolf en el *Financial Times* y decía que «Esto es la hecatombe económica». Y realmente ponía en blanco y negro lo que se venía para el mundo en términos económicos. Tenebroso. Luego fui al supermercado y, al llegar, había cola por primera vez. Había mucha gente con mascarilla. Era un escenario muy feo. A esto hay que agregarle la vulnerabilidad de no estar en tu país. En un país en el que tenemos un año y algunos meses; en un país en el cual no tenemos redes; en un país que lo importa todo, donde si la cosa se pone mal, con un niño de un año, te preguntas qué pasa si mañana no hay pañales. Y ese mismo día, ya no me acuerdo por qué tema, conversé por teléfono con la ministra de Economía, María Antonieta Alva, y me contó que estaba asustadísima con lo que se venía.

Estas tres cosas me ocurrieron el mismo día, y ahí sí me asusté, de verdad. En un sentido que va mucho más allá de una mala *performance* económica o de que no haya vuelos entre Panamá y Lima, sino en un sentido de calamidad que te alcanza de otra manera. De hecho, yo bromeaba con María Inés, mi esposa, y le decía: «Me voy a poner a hacer clases de kung-fu en YouTube, porque pronto voy a tener que pelear por la comida de mi hijo a golpes».

¿Qué sí viste venir? Lo pongo de otra forma: ¿en qué te hubiera gustado no tener razón?

Nuevamente se confunde mi respuesta subjetiva con la objetiva. Es decir, mis percepciones también tuvieron sus propios picos, mesetas y caídas. Y la respuesta objetiva creo que habría que hacerla, o intentarla, pero también me parece que sería más justo hacerla luego. Mira, cuando yo vi lo de Europa y que se acercaba hacia América Latina, de verdad pensé: «Esta vaina nos va a arrasar».

De hecho, los primeros días, en la quincena de marzo, incluso, cuando se comienzan a tomar las primeras medidas en Panamá y en el Perú, la imagen que se me venía era que esto es como si a lo lejos viéramos que se viene un tsunami que está arrasando todo a su paso y aquí pusiéramos unos saquitos de arena para protegernos. Mi sensación era esa: que el Perú, Panamá y América Latina tenían saquitos de arena para defenderse contra un tsunami que estaba arrasando islas enteras conforme se acercaba.

Ahora, para probar que nadie es el más listo del mundo, la verdad es que, cuando el Perú se apuró a poner las medidas iniciales —la cuarentena muy temprano, con pocos muertos—, me dio la sensación de que «ajá, podemos hacerla; podemos salir de esto relativamente bien, no tan calamitosamente». Por lo tanto, no sé si comencé a pensar que el tsunami era más pequeño o que los sacos de arena eran más robustos. Pero por alguna de las dos vías me engañé, yo mismo diluí mi propio razonamiento pesimista fundado en la calidad de nuestros servicios de salud.

Y, además, mi engaño venía por el hecho de que Panamá lo hacía peor. Panamá no tenía toque de queda, no tenía la cuarentena total, y le iba más o menos igual que al Perú en número de muertos, siendo un país con el 10 % de la población peruana. Los primeros días, si tú miras el número de muertos, era treinta Perú, veinte Panamá; al día siguiente, cuarenta Perú, treinta y seis Panamá. Y así iba, y yo pensaba:

«Panamá se va a ir a la mierda», porque, claro, si va al mismo ritmo que el Perú, en un país de 3 millones de habitantes, acá estamos contagiados todos en tres meses. Creo que por ese contraste inicial también pasé a valorar más cómo estaba reaccionando el Perú, a tener más fe en las medidas tempranas del Perú. Pero, claro, luego poco a poco fue quedando en evidencia que las medidas no alcanzaban. Pasadas ya unas semanas, te dabas cuenta de que el famoso R en el Perú ni se acercaba a 1, y de que las tasas de contagio iban aumentando. Al mismo tiempo, Panamá empezó a controlar el asunto, y desde hace un mes, en abril, Panamá tiene un R por debajo de 1. Hay días en que no muere nadie, o días en que mueren dos personas.

¿Cuándo te desengañaste del panorama para el Perú?

Quizás, en el día 18 o 20 de la cuarentena peruana, porque ya era el momento en que tú decías: «Mira, han pasado los catorce días de la incubación y no tienes las mejoras claras que deberías tener». Es decir, todos estos nuevos casos se han contagiado durante la cuarentena. Y creo que es, en algún sentido, el mismo desengaño al cual el país fue entrando paulatinamente. El país se ha demorado en darse cuenta de esto.

De hecho, yo publiqué un artículo en *El Comercio* que tú gentilmente reseñaste en tu programa. Un artículo por el cual me llegaron críticas duras, diciendo que por qué decía yo que la cuarentena no había funcionado del todo. La gente quería convencerse de que lo estábamos haciendo muy bien. No te olvides de la vieja frase de Hume: «La razón es la esclava de las pasiones».

Es decir, la cuarentena estaba funcionando para impedir lo peor, pero no para el objetivo para el cual se pone una

cuarentena. La cuarentena no se adopta para no ser Wuhan: se pone para reducir la expansión del bicho. O sea, en el primer mundo pones la cuarentena, y los contagios disminuyen notablemente. Pero en el Perú la curva de contagios no tuvo un punto de inflexión a la baja tras la cuarentena.

Los saquitos de arena no aguantaron.

Los saquitos de arena no aguantaban, pues, no aguantaban. Aunque, como todos, tuve un momento de fe. A pesar de que tres días antes yo decía: «Mira el mapa histórico de Perú, ¡¿de dónde va a aguantar?!». Y, sin embargo, también comparabas las decisiones de los gobiernos y pensabas que no estamos tan mal. Creo que esta, al ser una crisis global, es la primera vez que tienes la posibilidad de comparar todo lo que haces. Claro, inmediatamente te llegaba la sensación de «en México están locos, AMLO dice que hay que besar estampitas», y la imagen de Bolsonaro abrazándose con la gente. Y dices: «Nosotros lo estamos haciendo bien». Pero tiene que ver, también, con que todo el proceso es un *moving target*; se está moviendo todos los días.

¿Y qué sí te ha sorprendido de todo lo que ha pasado hasta ahora?

Honestamente, lo que más me ha sorprendido es cómo lo ha hecho Panamá, porque yo no daba ni medio por el país. O, mejor dicho, al inicio no daba ni medio ni por él ni por el Perú, porque estaba más o menos convencido de que eran lo mismo. Es decir, países que en los últimos años lo han hecho bien en términos económicos —las dos estrellas del crecimiento han

sido Panamá y el Perú en los últimos veinte años—, los dos son países con corrupción seria —en ambos Odebrecht ha hecho lo que ha querido, solo que acá no han metido preso a nadie—, en los dos tienes presidentes presos. Vamos, estar aquí es como estar en casa, jajaja. Yo pensaba: «Los dos países se van a desmoronar ante el virus». Dos países con riqueza sin desarrollo. Y, sin embargo, Panamá, por una serie de razones que no llego todavía a entender, controló el asunto. Puso cuarentenas, puso toque de queda, puso una serie de medidas y en ningún momento colapsó el sistema de salud. Honestamente, no me esperaba que este país, más conocido por ser una lavandería que por su estado de bienestar, resistiera tan bien al inicio. El proceso ha tenido muchos cambios en el camino, por supuesto. Panamá se deterioró mucho tras reabrir su economía en junio. Aun así, el servicio de salud del país nunca colapsó.

> A mí, por ejemplo, del Perú lo que me sorprendió es la gran cantidad de gente que no tiene refrigeradora y que, por eso, todos los días tenía que salir a aglomerarse en el mercado durante la cuarentena. Es un dato que parecía anecdótico y, de pronto, resulta crucial.

No sé, yo pienso que hay una diferencia entre ciertas cosas concretas y el diagnóstico más grande. Es decir, lo que tú estás diciendo es el dato concreto de un diagnóstico que, sin embargo, ya sabíamos: era un cuento eso de que había una nueva clase media. Pero, claro, querían contar como clase media a todo el mundo. Hemos sido un país lleno de indicadores frívolos de desarrollo durante quince años. El número de celulares en el Perú era evocado como indicador de desarrollo. Sabíamos que era una broma de mal gusto creer que éramos

un país de mayoritaria clase media, aunque nos lo repitiese el señor Arellano y mucha otra gente.

Pero el relato oficial del Perú prebicentenario era ese.

Así es. En el mundo de las ideas sabíamos que nos estaban cuenteando con el asunto de que apenas alguien salía de la pobreza se convertía en clase media. Yo siempre pensaba: «Cómo se nota que esta gente no ha vivido en su vida en países con clase media». En serio, si el Perú en diciembre —que son algunos cálculos— pasa a tener 50 % de pobreza, regresamos al año 2000, o sea, veinte años de crecimiento en términos de reducción de pobreza de pronto... pufff, se esfumaron. Será más fácil recuperarlo que en el 2000, pero es la prueba de que ese 30 % que no era pobre y que va a pasar a ser pobre... no era clase media. Eran pobres con un cachito más de plata en tu indicador estadístico.

Hace unos días entrevistaban a la ministra de Economía y el titular era «No puede ser que el Perú tenga la macroeconomía más sólida de la región y la peor salud de la región». Ok, estamos de acuerdo, pero el asunto es que no es verdad que la pandemia haya «desnudado» esto y, mucho menos, que lo haya creado. ¡Lo sabíamos perfectamente! Tal vez sea un comentario muy ególatra, pero el diagnóstico de mi libro *Ciudadanos sin República*, de 2013, era una formulación teórica de eso que exactamente está hoy denunciando la ministra: que el Perú contemporáneo está definido por el éxito de la promesa neoliberal y el fracaso de la promesa republicana. Lo sabíamos. Y no solo lo pensaba yo. El libro de Ghezzi y Gallardo, *Qué se puede hacer con el Perú*, decía algo parecido, y el que publicaron Andrea Stiglich y Carlos Ganoza, *El Perú está calato*, también. Yo utilicé un montón de veces la fórmula

«Somos pobres con plata» para referirnos a la situación peruana de estos años.

Mi punto es que también tiene que haber una autocrítica en el hecho de que el país no ha querido mirar los diagnósticos que sus científicos sociales le estaban dando respecto a su propia condición. Y preguntarnos por qué se insistió en esta vía. Es decir, la pregunta importante que deberíamos responder es ¿por qué somos eso que tan bien describe la ministra? ¿Es un hecho de la naturaleza? ¿O se pueden encontrar responsabilidades y razones que expliquen por qué somos así? Porque en la discusión peruana la gente pareciera plantearlo como «qué piña que estas cosas nos ocurran». O sea, así como los Andes están ahí, esto del subdesarrollo con plata también está ahí, y listo. Es un fenómeno intrínseco de nuestra naturaleza y ya está.

El otro día me pidieron hacer una presentación para gente vinculada a medianas empresas, y decían que esto nos ha mostrado lo que éramos de verdad, que nos ha dejado calatos. Y yo pensaba: «Toda esta gente lee el periódico, tiene plata, sin embargo, recién está descubriendo que éramos un país del tercer mundo». ¿Hasta qué punto tienes derecho a descubrirlo y hasta qué punto eres responsable por no haberlo querido intuir, ver, preguntar? No sé.

¿En qué momento se enfermó el Perú?

Mira, yo pensaría que es un problema de toda la vida.

Pero no siempre hemos tenido la promesa neoliberal. Recién en estos últimos veinte, treinta años.